

Un texto médico del siglo XV: el Tratado de las apostemas, de Diego el Covo

Nicasio SALVADOR MIGUEL
Universidad Complutense de Madrid

Pese a las muchas discrepancias existentes entre los teóricos sobre el concepto de literatura, en las que, por supuesto, no voy a entrar, parece claro que a pocos se les ocurre hoy equipararla exclusivamente con la ficción; y basta echar una ojeada a cualquier manual para comprobarlo. El presupuesto es mucho más obvio en cuanto a la Edad Media toca, porque tanto los autores como el público ignoraban las distinciones modernas entre «valeur d'usage ou art pur, didactisme ou fiction, imitation ou création, tradition ou individualité»¹. Así, una futura historia de las letras medievales que pretenda dar cuenta, con cierta exhaustividad, del fenómeno de la escritura en el periodo habrá de prestar mayor atención a los libros cinegéticos, históricos, jurídicos y médicos, pongo por caso, en la misma línea de interés con que, en los últimos tiempos, se vienen considerando, verbigracia, los sermones, los tratados de apologética o los libros de viajes. Las páginas que siguen no pretenden sino aportar una ficha, ni más ni menos que una ficha, a esa historia literaria del Medievo.

TEXTO, FECHA Y AUTOR

A 20 de mayo de 1412², se data la terminación de una *Cirugía rimada*, compuesta en dos partes, de las que solo queda la segunda³ en un códice transcrito, en febrero de 1493, por Joanico de Artuçuriaga⁴ y custodiado hoy en la Biblioteca Nacional de Madrid (Ms. 2153).

¹ H. R. JAUSS: «Littérature médiévale et théorie des genres», *Poétique*, 1 (1970), p. 80.

² Cf. p. 197, vv. 13-18 de la edición citada en nota 7. Desconozco por qué razones la editora del texto no ha realizado una numeración seguida de todos los versos de la obra, sino página a página. Téngase en cuenta, por tanto, en relación con las citas.

³ Cf. *ibid.*, p. 14, línea 1.

⁴ Cf. *ibid.*, p. 197.

Su autor, quien, según se deduce de la misma obra, bautizó con el rótulo de «tratados» ambas partes ⁵, distinguió la segunda como *Tratado de las apostemas* ⁶, título con el que ha sido impreso ⁷, aunque algunos críticos se sirven aún del nombre de *Cirurgía rimada* que aplicó el escritor al conjunto del libro ⁸. Con todo, el *Tratado de las apostemas* posee unidad estructural y semántica, lo que explica que circulara por separado, de acuerdo con lo que se infiere tanto del texto preservado, que empieza a escribirse en el primer folio del manuscrito, con indicación de la identidad personal y profesional de su autor, como de la existencia, al menos desde fines del siglo XV, en la biblioteca del monasterio de Guadalupe, que cobijó una escuela médica de reconocida celebridad desde mediados de esa centuria, de una copia que contenía también solo la segunda parte ⁹.

Se escapan, hasta ahora, la identidad del autor, excepto su nombre —Diego el Covo— y su profesión de «médico e çirurgiano», datos que constan al comienzo del tratado ¹⁰. Pero, en un par de anotaciones del siglo XVII, colocadas en el margen superior izquierdo del folio 1r y en el margen inferior izquierdo del folio 82v ¹¹, se suprimió el artículo, se trans-

⁵ «Aquí comiença el segundo tratabdo» (p. 14, línea 1. de la edición); «de la qual asaz tengo ya contado / en su capítulo espeçial en el primero tractado» (*ibid.*, p. 48, vv. 20-21).

⁶ «(...) el segundo tratabdo (...), el qual *Tratado es de las apostemas*» (p. 14 de la impresión).

⁷ *Tratado de las apostemas de Diego el Covo*, ed. M.^a T. Herrera (Salamanca, 1983). Se trata de una edición semipaleográfica con una puntuación tentativa, del todo insuficiente, y sin acentuación. Por tanto, en todas las citas puntúo y acentúo por mi cuenta, aunque respeto las grafías. Cf. también *infra*, n. 9.

⁸ En efecto, al inicio de la segunda parte, se lee: «Aquí comiença el segundo tratabdo que se sigue al primero en la *Cirurgía rimada*» (*ed. cit.*, p. 14). Con tal marbete aparece en J. DOMÍNGUEZ BORDONA: *Manuscritos con pinturas* (Madrid, 1933), I, p. 343, n.º 884; *Inventario general de manuscritos de la Biblioteca Nacional* (Madrid, 1962), VI, p. 65; G. BEAUJOUAN: «Manuscripts médicaux du Moyen Age conservés en Espagne», en *Mélanges de la Casa de Velázquez* (París, 1972), VIII, p. 179; Ch. FAULHABER *et alii*: *Bibliography of Old Spanish Texts* (Madison, 1984³), p. 100, n.º 1332. En estas mismas obras se encuentra descripción del códice (en el caso del *Inventario...* pp. 65-66); agréguese M.^a T. HERRERA. *ed. cit.*, pp. 9-12. Los autores del *Inventario...* señalan que hay «copia en la Biblioteca Menéndez y Pelayo en Santander entre los papeles de Gallardo» (*ob. cit.*, p. 66), noticia que recogen G. BEAUJOUAN (*art. cit.*, p. 179) y M.^a T. HERRERA (*ed. cit.*, p. 9). Si bien no se especifica la fecha, debe tratarse de un traslado moderno, porque no aparece recogido en M. ARTIGAS: *Catálogo de los manuscritos de la Biblioteca Menéndez Pelayo* (Santander, 1930). J. DOMÍNGUEZ BORDONA aclara que el códice «lleva algunos dibujos, hechos sin pretensiones artísticas por el mismo copista» (*ob. cit.*, p. 343); sin embargo, son de sumo interés para quienes nos interesamos por la tradición animalística en la Edad Media.

⁹ Cf. G. BEAUJOUAN: «La bibliothèque et l'école médicale du monastère de Guadalupe à l'aube de la Renaissance», en el colectivo dirigido por él mismo: *Médecine humaine et vétérinaire à la fin du Moyen Age* (Gêneve, 1966), pp. 367-468 (para las referencias a la obra, pp. 409-410). Aquí mismo (pp. 455-457) Beaujouan ofrece un brevísimos resumen temático de cada capítulo y publica íntegro el capítulo XXVII, sin que M.^a T. Herrera dé cuenta de ello.

¹⁰ *Ed. cit.*, p. 14, líneas 2 y 3.

¹¹ En esa época (1653), el manuscrito pasó a poder del médico madrileño Fernando Ynfante de Auriolich (cf. nota en la parte inferior del folio 82v).

formó *Covo* en *Cobos*, y se incluyó en medio la preposición *de*, convirtiéndolo en *Diego de Cobos*, nombre que le dan los catalogadores modernos¹², con un cambio, a mi ver, injustificado. Pues, aun en el caso de tener *in mente*, aunque ninguno se preocupa de plantear el problema, la vacilación formal de algunos nombres y apellidos, habitual en la época —*Campo/Campos, Villega/Villegas, Carvajal/Carvajales*—¹³, la sospechosa presencia del artículo *el* me hace conjeturar que nos las habemos con un apodo y no con un apellido. De ser así, se complicaría aún más una posible identificación futura del escritor, por cuanto la única referencia coetánea a su paso por una aldea de Granada¹⁴ tampoco juzgo que quepa utilizarla como testimonio de un origen mozárabe, ya que remite a experiencias profesionales en la zona, cuyo carácter permanente o transitorio es imposible dilucidar¹⁵. Más bien, *Covo* parece remitir al gallego-portugués, donde el término funciona como adjetivo y sustantivo, pero no se me alcanza en qué acepción cabría aplicarlo al escritor.

LA FORMA

El libro se redacta en pareados, salvo los epígrafes que anteceden a cada capítulo, el índice colocado tras la introducción y un breve párrafo, al final del capítulo XVIII¹⁶, donde a *Covo*, posiblemente, le resultó difícil condensar en verso las recetas de varias «melezinas compuestas». El autor es muy consciente de haber optado por una forma métrica: por eso, denomina la obra *Cirurgía rimada*; se refiere, al comienzo del segundo tratado, a la escritura «por rima»¹⁷; y, más tarde, vuelve a resaltar tal aspecto —«mis rimas»¹⁸— en el cuerpo del relato. La calidad poética es, sin embargo, nula: los versos son irregulares (diez, once, quince, diecisiete sílabas, etc.), algunos quedan sueltos (p. 23, vv. 4-5) y no falta la asonancia (p. 23, vv. 18-19), si bien la rima consonante se mantiene, por lo común, como norma.

Tan reiterado cúmulo de imperfecciones y anomalías métricas, aun

¹² Así, J. DOMÍNGUEZ BORDONA, *ob. y p. citadas*; *Inventario...* VI, p. 65; Ch. Faulhaber *et alii*, *ob. y p. citadas*. Pero no G. Beaujouan, quien lo denomina «Diego el Cobo» (en *Mélanges...*, pp. 163 y 179), aunque, en otra ocasión, vacila: «Diego de Cobos ou el Cobo». («La bibliothéque...», *art. cit.*, p. 409).

¹³ Cf. N. SALVADOR MIGUEL: *La poesta cancioneril. El «Cancionero de Estúñiga»* (Madrid, 1977), p. 56 y n. 3.

¹⁴ *Ed. cit.*, p. 177, v. 31.

¹⁵ En p. 144, v. 17, hay otra referencia a «vna aldea cordouesina», pero del contexto solo se desprende que tal era el origen de un pueblerino enfermo, no que *Covo* hubiera presenciado allí la actuación del cirujano de que habla.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 138-139.

¹⁷ *Ibid.*, p. 14, epígrafe (línea 5).

¹⁸ *Ibid.*, p. 33, v. 19.

cuando varias tengan su origen en el copista ¹⁹, nos asegura que Covo no perseguía ninguna finalidad artística con el uso del verso, de modo que la preocupación por la rima de los pareados se explana como el recurso a un medio mnemotécnico con el que se pretende facilitar la retención del contenido. No hay que descartar, a tal propósito, que en la preferencia por el verso le hayan influido unos cuantos precedentes análogos, pues, en épocas muy distintas, algunos escritores se dejaron tentar por esa forma pedagógica: así, Nicandro (fl. h. el 130), en *Pronósticos* y *Curas*, metrificó textos pseudohipocráticos ²⁰; Benedetto Crespo, en el 681, compuso una obra médico-farmacéutica en hexámetros ²¹; o, en la primera mitad del siglo X, Sa'īd Ibn 'Abd Rabbihi (muerto el 951) redactó un poema sobre medicina en metro *rachaz* ²². Y si ninguna prueba cabe aducir sobre el posible conocimiento de tales libros por parte de Covo, sí debe resaltarse que Avicenna, a quien tan repetidamente cita, compiló un resumen de su *Canon*, en 1313 versos, con el título de *Poema didáctico de la medicina (Urýūza fil-t-tibb)* ²³, varias veces traducido al latín, entre los siglos XIII y XVII, como *Cantica Avicennae* ²⁴. Además, aquí no se cierra tal práctica: testigos, por no atosigar con otras referencias, los tres poemas médicos que Gilles de Corbeil escribió en las primeras décadas del siglo XIII ²⁵.

EL CONTENIDO

El texto se compone de tres partes bien diferenciadas: exordio, *narratio* y epílogo ²⁶; una estructura sencilla, como corresponde al contenido y al objeto de la obra, pero donde no faltan esos dos elementos (*exordium* y *epi-*

¹⁹ No cabe duda, verbigracia, de que hay que leer *sanguino* en lugar de *sanguineo* (p. 21, v. 17); cambiar *molificatiuo* en *molificatiuas* (p. 30, v. 17); *receptorias* en *receptorios* (p. 32, v. 7); *sanguinea* en *sanguina* (p. 56, v. 16), etc. Súmense unos cuantos errores de impresión, y cf. *infra*, n. 82.

²⁰ Cf. solo R. CANTARELLA: *La literatura griega de la época helenística e imperial* [1968] (Buenos Aires, 1972), pp. 120-121.

²¹ Cf. J. L. VALVERDE LÓPEZ: «La Botánica y la Farmacia en la Edad Media», en el colectivo *Ciencia y técnica en la Edad Media* (Valladolid, 1985), p. 117.

²² Cf. A. G. CHEJNE: *Historia de España musulmana* [1974] (Madrid, 1980), p. 310.

²³ Acaso sea este el libro al que se refiere Covo como «el segundo Avicénista» (p. 147, v. 16), si bien M.^a T. Herrera (ed. cit., p. 200) no lo diferencia de las restantes citas de Avicenna.

²⁴ *Poème de la médecine*, ed. (texto árabe y francés) H. Jahier y A. Noureddine (París, 1956). Una de esas versiones, según el comentario de Averroes, la realizó Armengaud de Blasis; cf. J. VERNET: *La cultura hispanoárabe en Oriente y Occidente* (Barcelona, 1978), pp. 257 y 267, n. 53.

²⁵ Cf. P. LAÍN ENTRALGO: *Historia de la medicina* (Barcelona, 1982), p. 196.

²⁶ Prescindo, evidentemente, del epígrafe en prosa, en que se mencionan el título de la parte conservada —*Tratado de las apostemas*— y el nombre del autor (p. 14, líneas 1-7).

logus) considerados indispensables por la retórica medieval en cualquier tipo de libro ²⁷.

El primero, con veinticuatro versos, comprende tres apartados: jaculatoria en alabanza de Dios (p. 14, vv. 8-9); definición de la materia, con recurso a un manoseado *topos modestiae*:

aquí comiença en las apostemas tratar,
en quanto pudiere la mi fuerça bastar (p. 14, vv. 10-11);

y resumen del contenido (p. 14, vv. 12-32), tras lo que se inserta el índice general (pp. 14-16).

A lo largo de veintisiete capítulos, se desarrolla la *narratio*. Covo se ocupa de las diversas clases de postemas, que relaciona con los humores del cuerpo humano, de su origen, sus señales y sus causas, al tiempo que indica despaciosamente los remedios que cree adecuados (pp. 17-196).

Concluye el libro con un epílogo (veintidós versos), dividido, a su vez, en tres apartados: agradecimiento al Señor por su escritura (p. 196, vv. 28-31; y p. 197, vv. 1-2); promesa de una nueva obra (p. 197, vv. 3-12): «trataré en quiebras e dislocaciones, Dios ayudando» (*ibid.*, v. 6); y declaración de la fecha (p. 197, vv. 3-18) ²⁸.

Salvo un largo *excursus*, en que advierte sobre posibles errores del cirujano, incluido en el capítulo 11 (pp. 94-98), el relato es lineal y continuado, pero un tanto farragoso y repetitivo, y no siempre sistemático, a pesar del orden que el autor pretende imponer, lo que provoca, en varios casos, dificultades de intelección.

TRADICIÓN Y EXPERIENCIA

En la obra parecen combinarse los conocimientos que vienen de fuentes escritas con los que se cimientan en la experiencia del escritor.

A esos precedentes se refiere, en ocasiones, de modo genérico: «los medecínistas» (p. 26, v. 13; p. 60, v. 10); «los antiguos» (p. 55, v. 30); «vn sabio» (p. 57, v. 12), «los sabios» (p. 150, v. 3) o «los sabios médicos» (p. 71, v. 25); «segund algunos çirurgianos» (p. 101, v. 5); «segund los indianos» (p. 108, v. 6); «la melezina egipçi[a]na» (p. 136, v. 10); «los libros de la melezina» (p. 144, v. 31); «los sabios notomianos» (p. 159, v. 16); el «espreso testo» (p. 144, v. 28), los «verdaderos textos» (p. 109, v. 9) o el «verdadero testo» (p. 80, v. 27; p. 159, v. 30; p. 171, v. 21).

²⁷ Cf. sencillamente E. R. CURTIUS: *Literatura europea y Edad Media latina* [1948] (México, 1955), I, p. 110.

²⁸ En el código sigue un *explicit* con el nombre del amanuense y la fecha de la copia.

Con más frecuencia, no obstante, las *auctoritates* se identifican por sus nombres e incluso, varias veces, se determinan los títulos²⁹, aunque con deformaciones gráficas peculiares de la Edad Media³⁰.

El primer puesto se lo llevan los autores árabes, cuyo influjo en la medicina del siglo XV seguía siendo de gran impronta³¹.

Las menciones más distintivas y numerosas son las que se hacen al más antiguo de los tres: al-Rāzī (865-925), médico de origen iranio, del que Covo recuerda, de modo expreso, en una docena de ocasiones, el libro *Todo continente*, es decir, *al-Hawī* o *Continens* en la versión latina, mientras que las referencias al *Libro de diuisiones* (*Taqsim al-'ilal* o *Liber diuisionum*) y a un *Arte complida* se encuentran, respectivamente, en un solo caso. Se trata de un autor conocido, desde época temprana, en la Península Ibérica, pues ya antes de su muerte lo introdujo en al-Andalus Muḥammad ibn Muflīt, quien lo había tratado en un viaje a Oriente³². Su difusión en la Europa medieval dependió de los traslados que al latín realizaron Gerardo de Cremona, en el siglo XII, del *Liber diuisionum* y de otros textos³³, y la escuela salernitana, hacia 1275, del *Continens*³⁴.

Ningún título concreto se da, sin embargo, al señalar, repetidamente, a Abulcasis, vale decir Abū-l Qāsim al-Zahrāwī (936-h. 1013)³⁵, cuyo *al-Taṣrif* o *Dispositio* mezcla conocimientos de la Antigüedad con innovaciones propias o de la tradición islámica³⁶. Nos las habemos con una obra bien difundida en la España de la Edad Media no solo por haber sido Abū-l Qāsim médico de al-Hakam II sino porque el libro XXX, que se ocupa de cirugía, lo trasladó al latín Gerardo de Cremona, mientras que Berenguer Eimerich, en 1332, puso parte de la dietética en catalán, de donde pasó al latín como *Dictio de cibariis infirmorum*³⁷.

²⁹ Una simple relación, aunque incompleta y no poco embarullada, con reenvío a las páginas donde las citas aparecen, puede verse en M.^a T. HERRERA (*ed. cit.*), pp. 199-201.

³⁰ Sobre tales mutaciones, cf. N. SALVADOR MIGUEL: «La *Visión de Amor*, de Juan de Andújar», en *El comentario de textos. 4. La poesía medieval* (Madrid, 1983), pp. 327-329 y las notas correspondientes en p. 336.

³¹ Cf. J. VERNET, *ob. cit.*, p. 262; M.^a T. HERRERA, *ed. cit.*, p. 8. La afirmación de J. Riera Palmero, según el cual, en el siglo XIV, había «desaparecido completamente el influjo islámico» [«La transmisión del saber médico greco-árabe a la Europa latina medieval», en el colectivo *Ciencia y cultura en la Edad Media* (*ob. cit.*) p. 32], creo que hay que entenderla referida solo a la disminución y progresiva desaparición de las versiones del árabe desde ese momento.

³² Cf. J. VERNET, *ob. cit.*, pp. 21, 81; M. CRUZ HERNÁNDEZ: *Historia del pensamiento en el mundo islámico. 2. Desde el Islam andalusí hasta el socialismo árabe* (Madrid, 1981), p. 19.

³³ Cf. J. VERNET, *ob. cit.*, pp. 160; 171, n. 17.

³⁴ M.^a T. HERRERA (*ed. cit.*, p. 200, n. 4) da la fecha de 1275, mientras que la de 1279 se halla en A. G. Chejne, *ob. cit.*, p. 310. Para la obra, cf. también F. SEZGIN, en *Geschichte des arabischen Schrifttums*, III, *Medizin-Pharmazie-Zoologie-Tierheilkunde*, Leiden, 1970, pp. 275-277.

³⁵ Identificado, sin más consecuencias, por M.^a T. HERRERA, *ed. cit.*, p. 200, n. 6.

³⁶ Cf. J. VERNET, *ob. cit.*, p. 161; y bibliografía en p. 171, n. 174.

³⁷ *Ibid.*, p. 161.

Abundan, asimismo, las referencias a Ibn Sina o Avicena (980-1037), cuyo nombre se acompaña, en más de la mitad de los casos, con citas de un innominado libro cuarto que, lógicamente, remiten al *Kānūn fī l-tibb*, tenido por la obra maestra de la sistematización médica árabe³⁸. Nos hallamos, en efecto, ante una gruesa enciclopedia que resume el parecer del autor y el de estudiosos anteriores, en cinco libros, de los que el cuarto se ocupa —en el preciso resumen de A. M. Goichon—

des fièvres [...], symphômes, diagnostics et pronostics, la petite chirurgie, tumeurs, blessures, fractures, morsures et le traité des poisons³⁹.

Durante el Medievo, la obra gozó de veintisiete traducciones, la mayoría latinas pero también hebreas⁴⁰, entre las que destaca la de Gerardo de Cremona, efectuada entre 1150 y 1187⁴¹. A través de las mismas, se constituyó en texto que «imperó en las universidades europeas hasta fines del siglo XVI»⁴², de acuerdo con lo que testimonian las repetidas estampas en esa centuria, iniciadas con la publicación, por primera vez, de un traslado latino en Milán, en 1473⁴³. La obra se difundió también en el muy divulgado resumen de Avenzuar⁴⁴.

El número de citas decrece ampliamente en el caso de 'Alī ibn Riḍwān (988-h 1067)⁴⁵, del que rememora los comentarios a dos obras de Galeno: la *Terapéutica a Glaucón*⁴⁶ y el *Ars medica*⁴⁷. Esta (Τέχνη ἰατρική), con la denominación de *Tegni*⁴⁸, *Ars parva* o *Michrotechne* se constituyó en uno de los libros médicos de mayor circulación hasta el Renacimiento⁴⁹; y

³⁸ Cf. M. MEYERHOF: «Science and Medicine», en T. ARNOLD y A. GUILLAUME, eds.: *The Legacy of Islam* (Oxford, 1931), pp. 329-330.

³⁹ A. M. GOICHON, en *Encyclopédie de L'Islam*, (Paris, 1960²), III, p. 967.

⁴⁰ *Ibid.*, III, p. 969.

⁴¹ *Ibid.*, III, p. 969; y J. VERNET, *ob. cit.*, p. 160.

⁴² Cf. J. VERNET, *ob. cit.*, p. 161; A. M. GOICHON, *ob. cit.*, III, pp. 966, 969.

⁴³ Para una relación de tales impresiones, vid. M. CRUZ HERNÁNDEZ: *Historia del pensamiento en el mundo islámico. I. Desde los orígenes hasta el siglo XII* (Madrid, 1981), p. 208, nota, n.º 37. Para la única referencia a «el segundo Avicénista», cf. *supra*, n. 23.

⁴⁴ A. M. GOICHON, *ob. cit.*, III, p. 969.

⁴⁵ Se trata del nombre más deformado en la transcripción, puesto que en las seis citas tropezamos con cinco variantes: Avenrreduan, Aventuduan, Abenrrodian, Benrrudan, Abenrraduan.

⁴⁶ Mencionada como «Aventuduan sobre Glaucón en el comento» (*ed. cit.*, p. 47, v. 4), sobre la cual véase lo que decimos al ocuparnos de Galeno. La otra referencia que, según M.º T. HERRERA (*ed. cit.*, p. 201), se hace a esta obra solo incluye una mención genérica del nombre del autor.

⁴⁷ Covo la rotula «Sobre el Teni en el Comento» (*ed. cit.*, p. 113, v. 8).

⁴⁸ Así, Dante habla de *li Tegni di Galeno* (*Commedia*, I, VIII, 5); DIEGO DE TORRES (*ob. cit.* en n. 54), del *Theni*.

⁴⁹ Cf. R. CANTARELLA (*ob. cit.*, p. 201). Para los comentarios medievales y del primer Renacimiento, vid. J. NEDILING: *Die mittelalterlichen und frühneuzeitlichen Kommentare zur «Techne» des Galen*. Lipsia, 1924.

los comentarios de Ibn Riḏwān se propagaron en latín junto a la traducción que a esta lengua efectuó Gerardo de Cremona⁵⁰.

Si todas estas menciones aparecen como específicas y son, salvo en lo que a Ibn Riḏwān toca, múltiples, no sucede lo mismo con otros tres autores, a quienes Covo trae a cuento, respectivamente, en una sola ocasión, bajo las formas de «Abenmesué», «Ysac», y «opinión Serapina».

En cuanto al primero (p. 108, v. 2), aunque M.^a T. Herrera cree reconocer, sin más consecuencias, a Ibn Masswayhī o Mesue el Mayor (muerto en el 857)⁵¹, podría aludir, asimismo, a Mesue el Joven, fallecido en 1015, cuyo *Antidotarium* se empleó como texto en la Europa medieval, aunque el primero, traducido por Gerardo de Cremona⁵², fue más conocido, destacando como oftalmólogo⁵³. El mismo problema de identificación plantean otros textos donde el nombre aparece, como ocurre, verbigracia, en el cuatrocentista *Eclipse del sol*, del catedrático salmantino Diego de Torres⁵⁴.

¿Y cómo precisar, en principio, quién se esconde bajo la denominación de «Ysac» (p. 104, v. 1)? Pues tanto podría corresponder a Ḥunayn ibn Ishāq como a Isaac Israeli⁵⁵ o incluso al médico 'Ali ibn 'Isā⁵⁶, si bien el primero fue el más famoso de la terna. Discípulo de Ibn Masswayhī y cabeza del grupo de traductores que, en la segunda mitad del siglo IX, trabajó para los Banū Mūsa⁵⁷, viajó a Bizancio en busca de códigos griegos⁵⁸, tradujo a Hipócrates y llegó a conocer ciento veintinueve textos de Galeno, de los que puso en árabe unos cuantos, redactando, asimismo, un par de monografías sobre el asunto⁵⁹. En España circuló en traducciones de Gerardo de Cremona⁶⁰.

Por fin, Covo se apoya, en otro lugar, en la «opinión Serapina» (p. 64, v. 7), por la que cabe entender a Yūḥannā ibn Sarābiyūn o Serapión el Vie-

⁵⁰ Cf. J. VERNET, *ob. cit.*, p. 170, n. 166.

⁵¹ M.^a T. HERRERA, *ed. cit.*, p. 201, n. 8.

⁵² Cf. J. VERNET, *ob. cit.*, p. 159.

⁵³ Cf. G. SARTON: *Historia de la ciencia. La ciencia antigua durante la Edad de Oro griega* [1952] (Buenos Aires, 1965), I, p. 534.

⁵⁴ Cf. M. V. AMASUNO, ed.: *Un texto médico-astrológico del siglo XV: «Eclipse del sol» del Licenciado Diego de Torres* (Salamanca, 1972), p. 80; y p. 104, n. 76.

⁵⁵ M.^a T. Herrera habla ya de las dos posibilidades (*ed. cit.*, p. 201, n. 9). Isaac Israeli, cuyo óbito se pone en el 932, es autor de varias obras filosóficas, conocidas en las versiones de Gerardo de Cremona (cf. J. VERNET, *ob. cit.*, p. 131, n. 32), y de un *Tratado de las fiebres* que trasladó al latín Constatino el Africano [cf. P. LAÍN: *Historia de la medicina* (Barcelona, 1982)], p. 195] y se puso en castellano, al parecer en el siglo XV (cf. J. Llamas, ed., Madrid, 1945, y R. M. RICHARDS: *Texte and Concordance of Isaac Israeli's. «Tratado de las fiebres»*, Madison, 1982).

⁵⁶ Este murió hacia 1030 y se vertió al latín en España en el siglo XII; cf. J. VERNET, *ob. cit.*, p. 159.

⁵⁷ Cf. J. VERNET, *ob. cit.*, pp. 20-21.

⁵⁸ *Ibid.*, pp. 86, 90-91.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 159. También G. SARTON, *ob. cit.*, I, pp. 436-437, 471-472.

⁶⁰ Cf. J. VERNET, *ob. cit.*, p. 159.

jo, autor, en el siglo X, de *al-Kunāaš*, trasladado al latín en el siglo XII⁶¹, o un homónimo (Serapión el Joven) que floreció hacia 1070, cuyo *Liber de sim plicibus medicinis* vertió Abraham de Tortosa en 1290⁶².

Por lo que se refiere a los autores griegos, solo a Hipócrates (h. 460-380 a. de C.) y Galeno (129-h. 199) trae a colación Covo, aunque con gran diferencia cuantitativa.

Del primero, o más bien de las obras que se nos han transmitido como *Corpus hippocraticum*⁶³, encontramos, en efecto, tres únicas menciones, dos de las cuales, con especificación de los tratados primero y segundo (p. 23, v. 15; p. 29, v. 24), reenvían a los *Pronósticos*⁶⁴, una de las indiscutidas obras de Hipócrates, considerada entre las de patología general⁶⁵ y corrientemente citada en la forma del plural⁶⁶, sin duda por influjo de la versión latina de Gerardo de Cremona, rotulada *Prognostica siue praenotiones*⁶⁷, título que aparece también en las ediciones incunables, desde 1476⁶⁸. La otra cita individualiza el «sesto tratado» de las *Epidemias* (p. 58, v. 3), de autoría más dudosa⁶⁹, que debió gozar de cierta singularidad entre los libros del *corpus hippocraticum*, pues figura entre los comentados expresamente por Galeno⁷⁰.

Las referencias a Galeno, por contra, menudean. Se lleva la palma la *Epístola aglauquina*⁷¹, por la que hay que entender el tratado *Ad Glaucanem de medendi methodo libri duo*; y sigue, a escasa distancia, el *Yngenio galanista* que remite, a mi ver, al *De methodo medendi* traducido por Gerardo de Cremona como *De ingenio sanitatis*. Solo de manera secundaria recuerda, en una ocasión, un *Comento de los anforismos*, que, lógicamente, apunta a los siete libros rotulados *Hippocratis aphorismi et Galeni in eis*

⁶¹ Con este lo identifica M.^a T. HERRERA, *ed. cit.*, p. 201, n. 10. Para la traducción, cf. J. VERNET, *ob. cit.*, p. 159. Que todavía circulaba en el Renacimiento lo testifica la edición de Lyon (1525): *Practica Joannis Serapionis*.

⁶² Cf. J. VERNET, *ob. cit.*, p. 260.

⁶³ Para las discusiones sobre la autoría, cf. ahora Carlos GARCÍA GUAL: introducción a *Tratados hipocráticos* (Madrid, 1983), I, pp. 30-42 (*status quaestionis*, con bibliografía).

⁶⁴ *Pronosticas* y *Prenosticas*, respectivamente, en la transcripción.

⁶⁵ Para la clasificación temática de las obras de Hipócrates, basada en Haeser, cf. P. LAIN ENTRALGO: *La medicina hipocrática* (Madrid, 1970), pp. 37 y ss.; C. GARCÍA GUAL, *ob. cit.*, I, pp. 23-25, 42-43.

⁶⁶ Por ejemplo, DIEGO DE TORRES: *Eclipse del sol* (*ed. cit.*), p. 72.

⁶⁷ J. VERNET (*ob. cit.*, p. 170, n. 163) da una lista de las versiones de Hipócrates efectuadas por Gerardo de Cremona.

⁶⁸ Cf. G. SARTON, *ob. cit.*, I, p. 442.

⁶⁹ *Ibid.*, I, pp. 447-449; C. GARCÍA GUAL (*ob. cit.*), I, p. 26. Ambos siguen a Littré, pero difieren otros eruditos como K. DEICHGRÄBER y W. NESTLE (cf. C. GARCÍA GUAL, pp. 28-29).

⁷⁰ Cf. J. A. OCHOA y L. SANZ MINGOTE: *Galeno* (Madrid, 1986), p. 50, n. 94.

⁷¹ Otras transcripciones más deformadas son «epístola anglauerina», «epístola egloquina», «glauquina mensajería». De la simple relación que ofrece M.^a T. HERRERA (*ed. cit.*, p. 199) hay que suprimir las que reenvían a p. 146, v. 10 (donde, además, falta un verso) y a p. 169, v. 2, donde no se menciona ningún texto; y la del p. 64, v. 26, que remite a otro.

commentarii, índice bien evidente de la deuda que manifiesta, a lo largo de su producción, respecto a Hipócrates⁷²; en otra, un *Libro del atriaca*, asunto sobre el cual Galeno redactó dos tratados: *Ad Pisonem de Theriaca* y *De theriaca ad Pamphilianum*⁷³; y, en una más, las *Simples melezinas*, vale decir, el *De simplicibus medicinis*⁷⁴. En cuanto a las menciones del *Libro de Catagenis* debe tratarse de la primera parte del *De compositione medicamentorum* («secundum genera libri VII») ⁷⁵.

Por fin, en un caso, Diego el Covo se hace eco de la *Opinión Alexandrina* (p. 145, v. 35), con lo que posiblemente intenta resaltar los *Summaria* que, en el siglo VI, realizaron Ammonio de Alejandria y otros eruditos de la misma ciudad, como resumen y compilación de obras galénicas. Los mismos *Summaria* es posible que quiera recordar con la indirecta alusión a *Alexandre*, en otro lugar (p. 139, línea 9).

Queda aún la cita de otras dos obras, de identificación más problemática. Una de ellas es el *Libro de las definiciones*, expresamente atribuido a al-Rāzī, en una ocasión (p. 50, v. 8), pero que no figura como tal en los repertorios. M.^a T. Herrera sugiere⁷⁶ una confusión con el *Libro de las diuisiones*, pero más bien se me hace que se trate de las *Definitiones medicae* de Galeno, confundidas ya en las sumas o *excerpta* que Covo usa⁷⁷. También, en una nueva ocasión, atribuya al mismo al-Rāzī un *Arte complida*⁷⁸ que tampoco encuentro en las fuentes; puede tratarse ahora de una denominación adoptada para *El secreto del arte médica (Sirr Sinā at al-tibb)*⁷⁹.

Tras este examen, uno tiende a inferir, abrumado por las muchas y diferentes menciones de *auctores*, que nos las habemos con un profesional culto y erudito, buen conocedor de la tradición médica más importante de su tiempo. Esa impresión, sin embargo, no puede mantenerse sin antes enfrentar la obra de Covo con las fuentes presuntamente empleadas, de lo que no encontramos ni rastro en la edición del texto⁸⁰. No voy a hacerlo yo ahora

⁷² Cf. L. GARCÍA BALLESTER: *Galeno* (Madrid, 1972); W. D. SMITH: *The Hippocratic Tradition* (Ithaca-London, 1979), pp. 61-176.

⁷³ Vid. J. A. OCHOA y L. SANZ MINGOTE, *ob. cit.*, p. 47, núms. 79 y 80.

⁷⁴ Así aparece en la edición de C. G. KÜHN (cf. *infra*, n. 79); en el inventario de J. A. OCHOA y L. SANZ MINGOTE se cita como *De simplicium medicamentorum temperamentis ac facultatibus* (*ob. cit.*, p. 46, n.º 75).

⁷⁵ Cf. G. BEAUJOUAN, «La bibliothèque...», *art. cit.*, p. 457.

⁷⁶ *Ed. cit.*, p. 200, n. 4.

⁷⁷ Cf. *infra*.

⁷⁸ M.^a T. Herrera ni siquiera lo individualiza.

⁷⁹ Cf. R. KUNHE: «El *Sirr Sinā'at al-tibb* de Abū Bakr Muhammed b. Zakariyyā' al-Rāzī. Traducción». *Al-Qantara*, V (1984), pp. 235-292.

⁸⁰ Como ya se advirtió, M.^a T. HERRERA (*ob. cit.*, pp. 199-201) se ciñe a presentar una lista en la que coloca el nombre del autor junto al de la obra u obras citadas, sin plantearse ningún otro problema y como dando todo por bueno. Pero, aparte de varios y repetidos errores (casi la mitad, verbigracia, de las menciones que la doctora Herrera pone al lado de la *Epístola aglauquina* o son menciones inconcretas a Galeno o referencias a obras distintas), se

tampoco de manera exhaustiva, porque sobrepasaría con mucho los límites de un artículo; sí he realizado, con todo, un número suficiente de calas para permitir algunas deducciones válidas.

Colacionadas, en primer lugar, las citas de Hipócrates⁸¹, cabe afirmar, con rotundidad, que ninguna de las dos menciones del *Prognosticum* deriva directamente de la obra: nada hay, así, en el tratado I de las señales de la enfermedad que de él se dicen sacadas (p. 23, v.15), si bien, forzando mucho las cosas, acaso podríamos notar un lejanísimo recuerdo de I, 2 y I, 7, con profundas reelaboraciones, adiciones y cambios; tampoco los cuatro tiempos que se señalan en el desarrollo de las postemas (p. 29, v. 24) se corresponden, a pesar de Covo, con la materia del II tratado, pues mucha buena voluntad habría que tener para encontrar un remotísimo paralelo con II, 23, el pasaje menos alejado del contexto.

En cuanto al libro VI de las *Epidemias*, el sanador castellano indica tomar de él, como remedio para la multiplicación de los forúnculos, la laxitud de los poros que debe producirse «con ejercicio e baño templado» (p. 57, v. 34; p. 58, vv. 1-3)⁸². Ninguna cura semejante se halla, sin embargo, en tal lugar, aunque, a propósito de otros asuntos, sí aboga Hipócrates por lo primero (VI, 2, 6; VI, 3, 1) y, más manifestamente, por lo segundo, pues la práctica de ejercicio se defiende no solo para las afecciones renales (VI, 1, 5), sino como principio higiénico general (VI, 4, 18; VI, 5, 5; VI, 8, 23).

He seleccionado, después, para su indagación, varias citas de Galeno: cuatro de la obra *De sanitate* y la única que se hace del *De simplicibus medicinis*⁸³.

Por lo que atañe al *De sanitate*, dos de las referencias (p. 65, v. 1; p. 83, v. 18) no tienen que ver en absoluto con lo que escribe Galeno. Tampoco el denominado «ungüento diapalma» (p. 40, vv. 14-15, para el nombre) aparece en el libro galénico, pese a la afirmación del cirujano (p. 14, v. 17): solo uno de los distintos simples que entran en su composición —el «vino estiptico» (p. 40, v. 19)— puede guardar un nexo distante con la alusión al valor medicinal del vino que se hace en *De sanitate*, I, XXI, pero que no es sino un lugar común, muchas veces repetido. En cuanto a la última de las citas (p. 62, v. 6), viene tras un largo párrafo en que se ha hablado de la inconveniencia de sangrar a ciertas personas —niños pequeños, mujeres preñadas, viejas convalecientes— y de los síntomas de la hidropesía: sobre lo primero,

le escapan también a la autora el *Libro del atriaca* y el *De simplicibus medicinis*. G. Beaujouan, comenta, sin más, que «Covo indique parfois ses sources» («La bibliothèque...», *art. cit.*, p. 457).

⁸¹ He seguido la impresión de *Oeuvres complètes d'Hippocrate*, ed. E. Littré [1839] (Amsterdam, 1961²).

⁸² En p. 58, v. 1, sin duda debe leerse *cuerpo* en lugar de *cuero*.

⁸³ Mal metida por M.^a T. Herrera (*ob. cit.*, p. 199) en el elenco del *Comento de los anforismos*. Me he valido de la siguiente edición: Claudii GALENI: *Opera omnia*, ed. C. G. Kühn [1821] (Hildesheim, 1964²).

Galeno permanece mudo en *De sanitate*; respecto a lo segundo, podría existir una genérica inspiración en los capítulos VII, IX y X.

También la única mención al primer tratado del *De simplicibus medicinis* («e este dezir fallélo por Galeno recontado / en sus simples melezinas en el primero tractado»: p. 84, vv. 8-9) podría retomar algunos elementos, muy genéricamente rememorados, de I, XIII y siguientes y I, XXI.

Idéntico sistema selectivo he aplicado en la indagación de las citas provenientes de autores árabes, centrándome en sendos textos de al-Rāzī y de Avicena.

Al primero, en la única cita del *Liber diuisionum* (p. 75, v. 4), le atribuye prohibir el aceite caliente entre las medicinas mitigantes; sin embargo, en el único momento en que al-Rāzī habla de tal producto oleaginoso es para recomendar algo opuesto: su uso en la cura de la parálisis (I, XIII)⁸⁴.

En cuanto al libro IV del *Canon* de Avicena, expresamente citado en varias ocasiones⁸⁵, deduzco, tras echármelo al coleteo, que Covo no debió saludar ni los forros. Es cierto, pongo por caso, que, al tratar de las diversas clases de fiebres, Avicena se ocupa de las propiedades medicinales del vino (IV, I, XVI; IV, I, XX; IV, I, XXIV), del agua caliente (I, XX; II, XIII) o de la mirra (II, XIII) que aparecen como ingredientes de algunos de los compuestos que Covo afirma tomar de él, pero los compuestos no son iguales ni siquiera parecidos ni se utilizan para las mismas funciones.

Y claro está que no debe sorprendernos esta deducción, pues, si Covo no había leído tratados hipocráticos y galénicos, por lo común bastante breves, ¿cómo habría arrostrado el tragarse gruesos mamotretos como el *Canon* o el *Continens*?

Acabado este largo camino, se impone una clara conclusión previa: es cierto que bastantes cosas de las que dice Covo se encuentran en la tradición médica clásico-árabe, pero no de modo literal, por lo que no existe fundamento alguno para defender una lectura directa por el sanador de tales textos, sino todo lo contrario. Ahora bien, ¿es Covo un falsario que introduce, conscientemente y al buen tuntún, espurias y amañadas referencias a reconocidas *auctoritates*, al estilo de otros escritores medievales, con el solo propósito de reforzar su credibilidad, dado que «para el médico bajomedieval los escritos galenoarábigos tenían pareja autoridad a la que los teólogos daban a las *Sentencias* de Pedro Lombardo y los juristas al *Corpus iu-*

⁸⁴ He utilizado la impresión renacentista: *Abubetri Rhazae [...] opera exquisitoria* (Basiliae, Henrichi Petri, 1544; reimpression facsimil, Bruxelles, 1973), p. 357. Repárese que, en tal edición, se repite dos veces la página 357: realmente, ésta corresponde a la inexistente 355, pues se coloca entre las páginas 354 y 356. En cuanto el *Libro de las definiciones* (p. 50, v. 8) pudiera ser un error por *Libro de diuisiones*, he compulsado también esa referencia en la edición de al-Rāzī con el mismo resultado nulo.

⁸⁵ Me he servido de la edición veneciana de 1507, preciosa pero de incomodísima lectura, reproducida facsimilamente en Hildesheim, 1964.

ris?»⁸⁶. Me tentaría mucho la ropa antes de dar una respuesta afirmativa.

Pienso, por contra, que Covo se ha servido de varios *excerpta* de los que abundaron en el siglo XIV, en los que aparecían mezclados diferentes textos de un mismo autor o de varios. Pues, por ejemplo, en la Escuela de Montpellier, en 1309 y 1340, el *Prognosticum* hipocrático circuló combinado con los *Aphorismi* y *De dieta in acutis*⁸⁷, además de mezclarse, en ocasiones, con la tradición de Galeno, por ser uno de los libros por él comentados⁸⁸. Y esto no era nada en comparación con la abundancia de glosarios, concordancias, sumas y libros de sentencias, donde, pese a partir de la tradición grecoárabe, la literalidad se había perdido y aparecían confundidos y enredados libros y autores diversos.

En cualquier caso, esas misceláneas de que Covo debió de partir no podían contener sino lo más tradicional de las enseñanzas médicas, pues, a juzgar por las citas, el cañamazo de saberes se reducía al hipocratismo, galenismo y arabismo, sin que aparezca ni rastro de los comentarios contemporáneos a esos autores y mucho menos de los escritos de las escuelas de Salerno y Montpellier; ni de la ciencia combinatoria del siglo XIII; ni de Arnau de Vilanova; ni de las escuelas médicas de Bolonia, Florencia, Padua y París; ni de las obras más famosas de cirugía en el XIV (ni siquiera la *Chirurgia Magna*, de Gui de Chauliac, que se tradujo al castellano y al catalán).

Al fin y al cabo, que su bagaje de conocimientos no fuera superior no puede sorprendernos demasiado si tenemos en cuenta que la biblioteca de la Facultad de Medicina de París contaba, en 1395, con nueve libros⁸⁹ o si lo comparamos con el caso de Alonso Chirino que, poco más tarde, era médico de Juan II y «examinador mayor de los físicos e cirujanos de sus reinos y señoríos»⁹⁰, amén de pasar por un hombre ampliamente ilustrado, a lo que se desprende de la confianza y admiración que le manifiesta Enrique de Villena, quien no solo le dedicó una de sus obras perdidas —*Exposición de la carta del maestro Alfonso*⁹¹— sino que le instituyó en el *arbiter* que ha-

⁸⁶ D. GRACIA GUILLÉN y J. L. PESET: «La medicina en la Baja Edad Media latina (siglos XIV y XV)», en P. LAÍN: dir. *Historia universal de la medicina* (Barcelona, 1972), p. 346.

⁸⁷ Cf. G. SARTON, *ob. cit.*, I, p. 471 y n. 101.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 471.

⁸⁹ Cf. P. LAÍN, *ob. cit.*, pp. 235-236.

⁹⁰ Según hace constar él mismo en su *Menor daño de la medicina*, ed. M.^a T. HERRERA (Salamanca, 1973), p. 4.

⁹¹ Para la identificación del destinatario de este texto, citado en el *Arte cisoria* (ed. R. V. BROWN [Barcelona, 1984], p. 53) y, con un insignificante cambio en el título, en la *Exposición del Salmo «Quoniam videbo coelos tuos»* [ed. en P. CÁTEDRA: *Exégesis, ciencia y literatura. La «Exposición del Salmo «Quoniam videbo»»* (Madrid, 1985), p. 87], vid. P. Cátedra, p. 20 de la obra citada; y, del mismo, «Algunas obras perdidas de Enrique de Villena con consideraciones sobre su obra y su biblioteca», *El Crotalón*, 2 (1985), pp. 68-69, donde se conjetura, asimismo, sobre el posible contenido.

bría de decidir la difusión de su *Arte cisoria*⁹². Y algo de cierto parece haber en tal consideración en cuanto Chirino, en el breve espacio del prólogo al *Menor daño de la medicina*, embute una cita de Aristóteles y dos de San Agustín, referidas a obras diferentes. No obstante, a lo largo de todo el libro, no encontramos más referencias a autoridades médicas que un par de menciones de al-Rāzī⁹³ y otra de Avicena⁹⁴.

Que Covo no pretende engañar y toma muy en serio las antologías que maneja lo muestra la manera en que parece estar poseído del espíritu de un *connaisseur*: esto le autoriza, en casos, a enfrentarse con las *auctoritates* y las opiniones recibidas, lo que no deja de constituir un rasgo de perspicacia y de cierta modernidad. Así, en un momento, contradice a 'Alī ibn Riḏwān:

E Abenrrodan dize que el atriaca resçiuida
es en calor natural conbertida,
e esto commo se conbierte luego
la leña seca a la sustançia del fuego,
e yo digo que non puede ser en nuestro calor conbertido
sinon lo que se conuierte en gouierno del nodrigo (p. 70, vv. 18-23).

Y, en otro, se opone al parecer que él cree de al-Rāzī:

Maguer que fallo el Rrasis en el *Libro de diuisiones*
defender el olio de fuertes defensiones,
e creo que será por ser de los relaxantes,
eso mesmo de los pudrificantes,
mas yo digo que, si es çesado lo por curso veniente,
que el olio es mucho cosa conueniente,
porque mitiga e ayunta venino esveninesçiente
e, si disuelue, es cosa muy disoluiete (p. 75, vv. 4-11).

Del mismo modo, manifiesta Covo experiencia y práctica, de las que hace gala, con cierta frecuencia, advirtiendo sobre posibles errores observados directamente por él o aludiendo a los recursos aprendidos en la *praxis* (p. 45, vv. 28-33, y p. 46, vv. 1-4; p. 48, v. 10; p. 49, vv. 19-20; p. 74, v. 8; p. 144, vv. 13-18; p. 171, vv. 22-33; p. 188, vv. 19-22), lo que reviste especial importancia en una época donde la enseñanza universitaria de la medicina se limitaba aún a la teoría. Pues, en efecto,

durante muchos años, la Iglesia prohibió a los clérigos derramar sangre y, por tanto, practicar la cirugía; por este motivo, la Cirugía nunca fue reconocida como materia de estudio en las Universidades medievales, como lo fue la Medicina⁹⁵.

⁹² Cf. la carta epilodal en la *ed. cit.*, pp. 143-144.

⁹³ *Ed. cit.*, pp. 75, 114.

⁹⁴ *Ed. cit.*, p. 221.

⁹⁵ A. C. CROMBIE: *Historia de la ciencia: De San Agustín a Galileo* [1959] (Madrid, 1974), I, p. 213. P. Lain indica que ya en el XIV se hicieron algunas disecciones de cadáveres (*ob. cit.*,

Si a esto se añade que, «por motivos religiosos comunes a las tres creencias dominantes, cristiana, musulmana y judía», los médicos no podían ejercitarse en cadáveres humanos⁹⁶, la cirugía solo cabía aprenderla practicándola con otro colega.

Covo se adscribe, pues, al grupo de médicos que, sobre todo desde la peste negra, defienden que «el saber proviene de la experiencia», como afirmaba Juan de Borgoña, en 1365⁹⁷.

Pero claro está que no cabe pedir peras al olmo, de manera que ese conato de rebeldía frente a la tradición, tan mal conocida teóricamente, no puede llegar más lejos. Así, de acuerdo con la fisiología hipocrático-galénica, recogida por los árabes, Covo fundamenta su obra en la teoría de los humores que fue de aceptación plena en la medicina clásico-medieval (e incluso varios siglos después, con variantes): el cuerpo es combinación de cuatro humores —sangre, cólera, melancolía y flema— y un desequilibrio en la combinación de los mismos origina las enfermedades. Ya al inicio de la obra, se refiere a tal tradición:

[trataré] agoardando en cada tumor e tumor
la espeçia de la suficiente humor,
començando de las sanguinólicas o coléricas
e luego de las flemáticas o melancónicas (p. 14, vv. 18-21).

En tales teorías se basa la preferencia por el empleo de plantas, simples o integrando compuestos, en cuanto se pensaba, verbigracia, que una planta refrescante compensaba el exceso de calor o una planta secante resarcía la excesiva humedad. Asimismo, el frecuente recurso a la sangría reducía el calor natural.

Por lo que se refiere a las recetas, la continuada recurrencia al estiércol —especialmente, el de paloma— en la preparación de emplastos medicinales tampoco responde a ninguna credulidad medieval, sino a una dilatada tradición médica que remontaba a la Antigüedad⁹⁸, donde los excrementos, la saliva y la orina se encontraban entre los remedios que aportaban fuerza vital⁹⁹. Igual sucede con el repetido uso del vino como materia limpiadora o desinfectante¹⁰⁰, que venía de la civilización clásica¹⁰¹ y oriental —ya el buen samaritano curó al caminante lavando sus heridas con miel y vino (*Lu-*

pp. 208-209), pero, precisamente, el interés por dejar constancia de las mismas prueba su excepcionalidad y rareza.

⁹⁶ Cf. J. VERNET, *ob. cit.*, p. 258 y n. 64.

⁹⁷ Cf. A. C. CROMBIE, *ob. cit.*, I, p. 208.

⁹⁸ Cf. A. C. CROMBIE, *ob. cit.*, I, p. 205; L. GIL: *Therapeia. La medicina popular en el mundo clásico* (Madrid, 1969), pp. 190, 377.

⁹⁹ Vid. R. MUTH: *Träger der Lebenskraft. Ausscheidungen des Organismus in Volksglauben der Antike* (Wien, 1954).

¹⁰⁰ Cf., por ejemplo, p. 132, v. 14; p. 136, v. 13; etc.

¹⁰¹ Cf. L. GIL, *ob. cit.*, p. 101.

cas, 10, 34)—, y figuraba entre las más serias recomendaciones de los cirujanos que, en los siglos XIII y XIV, habían estudiado en Bolonia¹⁰². Se trata, en fin, de recetas comunes a las obras médicas del periodo y basta abrir el *Menor daño de la medicina*, de Chirino, para encontrar otras semejantes. Testigos los pasajes que selecciono, por vía de ejemplo, que contienen su *granum salis*:

I) Las cosas que ponen en la fuente para restañar sangre de narizes son estas: fortigas majadas e con agua rosada, refriarle los cojones en agua fría, que los tenga en el agua e, desque se enoie, que tenga encima lienço mojado en agua fría o rosada o enpaste aquel logar con greda e vinagre¹⁰³.

II) Los meados del omen alin pian mucho toda sarna e toda llaga suzia e son para tirar señales de veruelas e comezón de cualquier lugar. E quanto son más podridos e de más días son más rezios¹⁰⁴.

III) Dizen para la postema dura poner encima voñiga de vaca o buey masada con vinagre. E digo yo que conviene con ello algunt azeyte¹⁰⁵.

EL PROPÓSITO

La evidente búsqueda de un procedimiento mnemotécnico, que manifiesta Covo al redactar el texto en pareados, hace pensar a M.^a Teresa Herrera que la obra se dirige, de modo genérico, a

aquellos que se disponen a practicar el arte de curar [...], para uso de estos colegas, aprendices aún¹⁰⁶.

A una conclusión bien distinta conduce, sin embargo, la simple lectura de la obra, porque, si en el primer tercio, el autor se dirige a una segunda persona innominada, desde entonces endereza el libro, expresamente y en numerosas ocasiones, a su hijo:

Pues, fijo, para mientes en estos dichos naturales,
ca todos disçienden de prinçipios filosofales (p. 71, vv. 27-288)¹⁰⁷.

Hay que pensar, por tanto, en un muchacho, estudiante de medicina o acaso ya joven médico, a quien el padre desea prestar ayuda con su repertorio:

¹⁰² Cf. A. C. CROMBIE, *ob. cit.*, I, p. 208.

¹⁰³ *Ed. cit.* (2.^a parte, IV), p. 98. Introduzco cambios en la puntuación.

¹⁰⁴ *Ibid.* (2.^a parte, X), p. 102.

¹⁰⁵ *Ibid.* (3.^a parte, X), p. 113.

¹⁰⁶ *Ed. cit.*, p. 7.

¹⁰⁷ Cf., además, p. 119, v. 21; p. 135, v. 5; p. 138, líneas 16 y 19; p. 144, vv. 19 y 29; p. 148, v. 6; p. 154, v. 23; p. 157, v. 7; p. 159, v. 29; p. 127, v. 20; p. 187, v. 32.

Pues, hijo, para mientes en tus entenciones
e lee las continuadas leçiones (p. 148, vv. 6-7).

Quizá esto explique el sentido patrimonialista y gremialista —presente ya en el *Juramento hipocrático*¹⁰⁸, aunque desmentido en *Sobre la medicina antigua* y en la realidad— que ve el sanador en la enseñanza de la medicina, como se desprende de la recomendación que hace para guardar las recetas en secreto:

pues guárdalo para ti en tu secreto
e non lo enseñes sinon a artista discreto (p. 41, vv. 19-20).

Este propósito primario no indica que Covo renunciara, de modo paladino, a la difusión de su libro y, desde luego, de alguna gozó, en cuanto consta la existencia de un ejemplar, durante la Edad Media, en el monasterio de Guadalupe¹⁰⁹.

Acaso, en fin, el que Covo pensara, sobre todo, en su hijo explique que la obra parezca, en no pocos casos, una colección de apuntes o de notas más que un libro compuesto con rigor, al menos en comparación con textos médicos contemporáneos o poco posteriores (aunque, acerca de esto, doctores —y, más que nada, licenciados— tiene la Medicina).

A GUIA DE EPÍLOGO

A estas alturas, independientemente de la información adquirida, un par de conclusiones parece imponerse: para empezar, la importancia del estudio de estas obras en la historia literaria medieval como una parcela del fenómeno de la escritura; después, el interés de las mismas en lo que atañe a la transmisión de las culturas clásica y árabe, los dos veneros que alimentaron el Medievo occidental.

Pero, además, los libros médicos ayudan a explicar no pocos textos de los que se consideran más estrictamente literarios: así, se ha visto, en fecha reciente, respecto al *Libro de buen amor*¹¹⁰ y algo se ha sugerido, aunque con excesiva timidez, respecto a *La Celestina*¹¹¹; sin embargo, el número de

¹⁰⁸ «Juro [...] hacerme cargo de la preceptiva, la instrucción oral y todas las demás enseñanzas de mis hijos, de los de mi maestro y de los discípulos que hayan suscrito el compromiso y estén sometidos por juramento a la ley médica, pero a nadie más»: *Juramento*, trad. M.ª D. LARA NAVA, en *Tratados hipocráticos (ob. cit.)*, I, p. 77.

¹⁰⁹ Cf. *supra*, n. 9.

¹¹⁰ Vid. J. PÉREZ VIDAL: *Medicina y dulcería en el «Libro de buen amor»* (Las Palmas, 1981); N. SALVADOR MIGUEL: «Una obra reciente sobre medicina y dulcería en el *Libro de buen amor»*, *Dicenda*, 3 (1984), pp. 263-269.

¹¹¹ Cf. P. E. RUSSELL: «La magia, tema integral de *La Celestina*» [1965], en *Temas de «La Celestina»* (Barcelona, 1978), p. 274, nn. 35 y 36. Para una época algo posterior, vid. el fino tra-

obras que podrían beneficiarse de este tipo de análisis es mucho más numeroso. Así, como botón de muestra, no me parece suficiente, al analizar el episodio de la maga de Valladolid en el *Laberinto de Fortuna* (coplas 240-256), limitarse a remitir a Lucano y otros como fuente de los mejunjes usados por la bruja para preparar el hechizo que resucitará a un muerto (estrofas 241-243). Pues si esta comprobación ilumina el empleo de fuentes clásicas por parte de Mena, ignora algo que se me hace esencial: la verosimilitud del texto para el lector de la época que, aunque no haya saludado a Lucano, está al tanto de ingredientes similares utilizados en la medicina de su tiempo, con lo que su actitud ante la lectura es la de una fiable credibilidad¹¹².

La historia de la literatura medieval castellana está aún por escribir; demasiados artículos centrados en media docena de obras, mientras se olvidan montañas de textos que piden a gritos edición depurada y glosa detenida. Espero no predicar en el desierto.

bajo de B. MORROS: «"Me vino la terciaria derecha" (*Lazarillo*, Tractado II)». *El Crotalón*, 2 (1985), pp. 543-549.

¹¹² Vid. mi próximo artículo, «El episodio de la maga de Valladolid en el *Laberinto de Fortuna*». Durante los dos largos años que han pasado desde la redacción de este artículo se ha añadido una nueva edición en microficha: Diego DE COVO: *Text and Concordance of Biblioteca Nacional Manuscript 2153 «Cirugía rimada»*, ed. V. García Serrano y M. R. Solomon (Madison, 1986).